

LATARDE

AÑO XXII

DE LORCA

N.º 5.853

UNDADOR Y DIRECTOR: J. LÓPEZ BARNÉS : REDACCIÓN: AVENIDA DE LA ESTACIÓN: MIÉRCOLES 6 AGOSTO 1930

De tiempos pretéritos

Una solicitud que aplaudo

Los vecinos de Puerto de Lumbreras han tenido un rasgo que yo elogio, alabo y aplaudo. Han presentado al Alcalde de esta ciudad una solicitud pidiendo que a tres de las calles de Lumbreras se les pongan los nombres de Francisco Carmona, Vicente Ruiz Llamas y María Pastor.

Como para hacer justicia nunca es tarde y de justicia es lo que se pide, yo uno mi voz—no se si autorizada a los cincuenta años de manejar la pluma,—a la de los vecinos de ese pueblo enclavado dentro de nuestro término municipal, para solicitar con ellos el que esos tres nombres se perpetuen, pues por distintos conceptos; los tres lo merecen sobradamente. Una generación, ignora, en Lorca quien fué Francisco Carmona, quien fué Vicente Ruiz Llamas; y bendita sería la mano que del polvo del olvido sacara esos nombres—y otros muchos con ellos—no solo porque supieron honrarlos los que los obstentaban, sino porque supieron también honrar y enaltecer con sus méritos el pueblo en que vivieron.

Yo quisiera justificar mi voto en favor de esa solicitud; yo quisiera aun cuando no fuese con la detención que el asunto merece, hablar de esas dos personalidades que aunque desde distintas esferas, lucharon en pro de la cultura entonces, como hoy lucha con fe de apostol María Pastor desde una modestísima escuela de niñas, siguiendo la tradición del nunca bastante ponderado Francisco Carmona, durante tantos años interrumpida. ¡Sarcasmos del tiempo! Cuando el magisterio español olvidado por el

Estado, sumido en la indigencia, prototipo del necesitado, modelo del hambriento para los caricaturistas y autores cómicos de aquella época; cuando el maestro de escuela era socialmente considerado el más modesto y humilde ciudadano de la nación española, para vergüenza eterna de gobernantes cuyas estatuas siembran el suelo hispano, en aquellos, para la cultura patria e lamitosos tiempos, un maestro rural, un sabio, un verdadero apostol de la Enseñanza más apto en Pedagogía que muchas eminencias de hoy, desde un rincón de España, desde Puerto de Lumbreras—donde un ministro de Marina de aquellos felices tiempos quiso venir EMBARCADO (¡!) elevaba el pabellón del magisterio con gesto digno y actitud modesta, siendo admirado, respetado y querido de sus convecinos, que veían en él el más fervoroso e incansable propagandista de la cultura patria.

Eso fué hace cuarenta años don Francisco Carmona de imborrable memoria. Ese fué el apostol que ofrendando, incansable, su fe en el augustísimo templo de Minerva, modelo de ciudadanos libres—en aquellos tiempos de opresión, como lo son éstos—y modelo de maestros, supo merecer por sus indiscutibles méritos de profesor y su dignidad de hombre, la más alta consideración social y el respeto y afecto de Lorca entera.

Pero hagamos punto, puesto que me he de ocupar más extensamente de esta gran figura local.

JUAN DEL PUEBLO

Aspectos

Crítica a la manera española "ANDRENIO" Y BAROJA

No soy hombre que me pille por las modalidades del momento, y hasta lo novísimo tiene para mí una graciosa antigüedad. El «pollo» de cabello ondulado, cejas abreviadas, de grosero afeminamiento y vestido impecable que se mueve según un modo especial y ha deshecho toda la emoción masculina y la estética de la jovialidad, este no me interesa. Debo decir que la mujer tampoco me interesa en este aspecto de mundano «tímo» y largas «toilettes». Tanto es así que he experimentado durante estos seis largos y tristes años una reacción germánica hasta el punto de no interesarme nada del movimiento literario actual en lo que a España se refiere.

Estos y otros comentarios me los sugiere la lectura de un número de «Cosmópolis» que lleva la fecha de 1919. La cosa en sí no presenta para

quien ignora el contenido de este ejemplar una mayor significación; pero las gentes selectas y dadas a las comparaciones y los porqués de nuestra decadencia, convendrán conmigo en que el desprestigio nuestro tiene su hondo cimiento en la pedantería vulgar de nuestros zapateros ejercitantes de la crítica. El artículo «La literatura española durante la guerra» lo firma Federico Santander. Esta se-

ñor creo que dirige el «Norte de Castilla» en Valladolid, hombre entrado en años y por consiguiente en criterio y ecuanimidad. Pues bien, nada de esto se nota en tan distinguido periodista. Sé, que si nos enfrentamos, me dirá que su trabajo no es modelo de crítica y que adolece de sinceridad. Pero pronto nos entenderíamos, pues nada me agobia tanto como discutir con autores o con personas de cuyo juicio estoy perfectamente de acuerdo.

Don Federico Santaner merece por sus comentarios una crítica de altura, yo pienso hacerla, (escribo desde un tercer piso). Según nuestro autor, España tiene literariamente tres generaciones bien definidas 1890, 1900 y 1915.

Una la integraba como novelistas: Pereda, Galdós, Valera, Palacio Valdés, Pardo Bazán, Picón, Coloma, Ortega Munilla, el Sr. Santander ignora a Fernán Caballero; pero no obstante, cita a Navarrete, Alfonso y Ochoa de cuya popularidad nadie sabía darnos detalles. Los poetas de esta misma generación son Zorrilla, Campoamor, Nuñez de Arce, Verdaguier, ¡ah! ¿Maragall dónde está?. No hombre. Maragall era como Costa, Llobera, un pobre poeta, como debía serlo en la novela el magnífico novelista que acaba de morir Naciso Oller de quien el crítico ni sabe que existiera.

El teatro de esta generación lo componían Echegaray y como aprendices Sellés, Guimerá, Cano y Cavestany. Creo que el lector sabrá quienes eran Cano y Cavestany, dos admirables dramaturgos para quienes la vida y el público debió ser siempre una perpetua infancia.

Entre los sañeteos nos cita a Pérez y González, Irapoz, Pina. «Hoy—dice el crítico—nos hacen sonreír algunos nombres»; aunque el cree en Benavente, los Quintero, Linares Rivas, Marquina, Martínez Sierra. Pues bien, esa risa, esa fantasía irónica aprendizaje de Voltaire va dirigida contra Arniches, García Álvarez, Oliver, Casero, y en lo dramático, Ignacio Iglesias, Santiago Rusiñol, «Parmeno» y Dicenta, de quienes el autor no ha tenido el gusto de oír nombrar. Repare el lector que elijo gente de envergadura, no meros principiantes.

Los novelistas de la generación de 1900 son, fuera de Baroja, Valle Inclán y Blasco Ibañez, Danvila, el marqués de Villasinda, Acebal, Muñoz, Pavón, Blas y Ubide; ignoro si Manuel Bueno, Dicenta, Pérez de Ayala, e Insúa son novelistas, pues tanto escamotea nuestro hombre las figuras más salientes que estoy por creer que Villasinda, Muñoz y Pavón son nove-

listas y famosos... allá en su pueblo, y de Trigo no digamos nada, el señor Santaner ni lo conoce de oídas.

Asegura el crítico de la literatura española que, tola la novela española vive de la gloria de los viejos maestros y gracias al prestigio de dos valores si dispares enormemente maravillosos: Valle Inclán uno, el otro, Ricardo León caballero a la antigua usanza española, y que, con gran indignación del cotarro pedante, ocupa en la estimación del público el lugar que se creía reservado al desaliñado folletínista Pio Baroja, una de las letras protestadas al comerciante «Azotín».

La crítica la compartían en 1890 al 1900 Menéndez Pelayo y Clarín, hoy en 1919—dice el crítico—el sillón de crítico—del crítico lleno de ética y estética está vacío—¿hombre y usted que hace que no se sienta?

La crítica desde 1900, la encauza y la llevaba hasta hace muy poco malogradamente, un hombre de finura incomparable, un exquisito espíritu fuerte y sencillo densamente emocional como un verso de Shakespeare, lleno de una visión dominadora de problemas, hombre que reunía la extrema sensibilidad de gustar por igual lo divino y lo humano y que hasta en lo adverso tomaba una actitud de partidario, ese fué Gómez de Baquero.

Superior a Menéndez y Pelayo por el sentimiento y la sugerencia de sus ideas siempre nobles y elevadas y por la concepción humanista de su pensamiento.

Superior a «Clarín» en la serenidad y justeza de sus juicios, y por el calor de entusiasmo que imprimía hasta en los autores de aquellos libros que el no compartía.

S. MARTINEZ ORTIZ
Congots. Gerona.
(Continuará).

¿Quiere usted imprimir folletos, memorias o libros?

Pues visite la Imprenta de

LATARDE

EN LUMBRERAS

Suicidio de un anciano

En el sitio «Las Amoladoras» del término de Lumbreras, ha puesto fin a su vida, ahorcándose de un almenadro, el anticiano de 74 años de edad Juan Martínez Martínez.

Al lugar del suceso acudió el Juzgado de ésta, instruyendo el oportuno atestado, y ordenando el levantamiento del cadáver y su traslado al depósito judicial.

Se ignoran las causas que han motivado la fatal resolución del anciano.

El anuncio es la base del buen industrial y comerciante, pues quien anuncia se da a conocer y aumenta sus ventas

Cosas de siempre

II

Mas en aquellos momentos históricos en la política del pueblo de Villa Aguada, don Pancraccio derrochaba el resto de su actividad por conseguir lo que constituía de tiempo inmemorial su sueño dorado, y ello era la tan codiciada como representativa alcaldía de Villa Aguada, [la que así mismo codiciaba algún contertulo de la «peña» de don Pancraccio, y a quien el jefe político en más de una ocasión, alentaba con tan sugestiva esperanza.

Don Pancraccio no desmayaba en sus propósitos tenaces, y abrigaba el convencimiento de su triunfo. ¡Qué orgullo poseer la codiciada vara simbólica que jamás se doblaría ni ante nada ni ante nadie! Hombre de carácter moral y justo, empuñaría el bastón mágico por la suprema voluntad de su pueblo; la estricta justicia imperaría en el malaventurado pueblo de Villa Aguada. El, D. Pancraccio, el hombre sesudo, el imparcial, el político consecuente, legaría a su pueblo el tributo de su gestión, las tan soñadas aguas del Cardil y Guial; a él solo, a su buena voluntad, se debería la prosperidad y grandeza de su patria chica. Sin lápidas que rotularan calles, sin manifestaciones que alteraran la paz octaviana de Villa Aguada; sin discursos huecos, sin luminarias diseñando nombres desconocidos; a él sólo, a D. Pancraccio de la Cadena, se debería tan inmenso beneficio; por esta causa solía decir:

—Si desde Felipe I nos están camelandando con la traída de esas aguas, él no estaba dispuesto a que esto continuara, hora era ya de mostrarse con energías, y para bromitas bien estaba.

EPILOGO

Pasan los años con su monótono y eterno vaivén, y la vida en Villa Aguada era igual que antes. Don Pancraccio realizó su sueño dorado, rigió sobriamente los destinos de su amado pueblo; mas las aguas tantas veces prometidas no llegaron a fertilizar los campos feraces de Villa Aguada. El sueño de nuestro héroe no se había visto realizado; pero el correr de los días hizo que la venerable figura de don Pancraccio se dibujase con caracteres definidos y consecuente con sus ideales sanos pasó por todos los partidos políticos turnantes y hoy se encuentra convertido en un furibundo propagandista de la Unión Monárquica Nacional.

FERNANDO LORENTE

Visado por la censura

DOCTOR ANTONIO ROS

Oculista

EX-AYUDANTE DEL DOCTOR POYALES
EX-MEDICO AGREGADO DE LOS HOSPITALES DE
SAN JOSE Y SANTA ADELA Y DEL NIÑO JESUS, DE MADRID
EX PENSIONADO EN LA INDIA Y EN EGIPTO.

CONSULTA DE 11 A 2

SAGASTA, 13
CARTAGENA